

LOS CLÁSICOS

Un clásico perdido

La isla del doctor Moreau, de H. G. Wells

Alberto Manguel*

*Alberto Manguel, escritor argentino afincado en Francia y conocido, sobre todo, por la estupenda **Una historia de la lectura**, recrea en este breve escrito sus lecturas adolescentes. Concretamente, viaja en el tiempo hasta el verano de sus 13 años, en Buenos Aires, momento en el que descubrió a un autor y una obra que dejaron profunda huella en él. Nos referimos a H. G. Wells y **La isla del doctor Moreau**. Después de aquella primera lectura de este clásico de la LIJ, Manguel ha vuelto sobre el texto, pero ha sido incapaz de volver a sentir el estremecimiento que le produjo ese primer viaje a la isla habitada por seres bestiales.*



H. G. Wells.

Era verano en Buenos Aires. Yo tenía 13 años. Lenny Fagin, mi mejor amigo, me había regalado para mi cumpleaños un ejemplar de *La isla del doctor Moreau*, de H. G. Wells, de la editorial Everyman.

Fue un verano afortunado: en la tranquila casa de campo que habíamos alquilado para las vacaciones descubrí *La bestia debe morir* de Nicholas Blake, los cuentos de Horacio Quiroga y las *Crónicas marcianas* de Ray Bradbury; y también Wells se sumaba a la lista de libros que me llevaría a una isla desierta. No sabía nada del libro ni del autor. Compartía con el protagonista —«Edward Prentick, un caballero de carácter reservado»— la incertidumbre de lo que iba a ocurrir a continuación. Me encantó el recurso (entonces no sabía que era un recurso) de leer lo que se suponía era la narración de Prentick «que se había descubierto entre sus papeles» tras su muerte. Hoy día, gracias a un par de películas mediocres, *La isla del doctor Moreau* se conoce como una simple historia de aventuras. No lo es en absoluto; es, en el sentido más profundo, un clásico perdido que se ha denominado «literatura infantil» porque es demasiado espeluznante para leerse como un cuento aleccionador para adultos.

Los lectores entusiastas, las solapas de los libros, los profesores y las historias de la literatura destruyen en gran medida el placer de la lectura divulgando el argumento de antemano; apenas recuerdo lo que era ignorar que el doctor Jekyll y mister Hyde eran el mismo personaje o que Robinson Crusoe iba a encontrarse con el torpe Viernes. Durante unos pocos días bienaventurados, yo era como Prentick. No sabía nada de la historia de la isla. El extraño doctor Moreau me infundía terror. Sospechaba equivocadamente que los habitantes bestiales habían sido una vez seres normales y corrientes. No acerté a imaginar los atroces experimentos que tenían lugar en la Casa del Dolor. Cuando, a mitad del libro, me llegó la revelación, resultó ser mucho más horroroso de lo que me había imaginado, y seguí leyendo, atemorizado y agradecido, hasta el final apocalíptico.

Moreau me aterrorizó, como probablemente hizo con el propio Wells.

Cuando Wells tenía siete años leyó, en una edición antigua del *Chamber's Journal*, que una rueda había destrozado el cuerpo a un hombre. Esa noche, el chico tuvo una horrible pesadilla en la que el propio Dios hacía girar el instrumento de tortura. Dios, concluyó el niño dormido, era el responsable de todo lo que ocurría en el mundo, por lo tanto era también responsable de todo lo malo. A la mañana siguiente, Wells pensó que ya no podía creer en el Todopoderoso. Quizá la pesadilla le dejó como herencia al personaje de Moreau; a su vez, Moreau

me aportó un miedo saludable hacia los médicos y una desconfianza general hacia las figuras investidas de autoridad.

Desde aquel verano lejano he vuelto muchas veces a la isla de Moreau. Y aunque no ha perdido nada de su horror maravilloso, parece como si al haberme hecho yo mayor se hubiera convertido en un lugar mucho más difícil y complejo, lleno de alusiones literarias. El científico loco es un Nobodaddy de Blake; las criaturas bestiales repiten, a la inversa, la crisis existencial del metamorfoseado Gregor Samsa de Kafka; la isla,



BEATRIZ UJADOS, LA ISLA DEL DR. MOREAU, ANAYA, 1990.



**Una historia
de amor
desinteresado
en la que usted
tiene SU papel**

Déle una oportunidad a un niño,
¡APADRINELO!



REACH trabaja desde 1974
por los niños más necesitados del tercer mundo.

Avda. Tenor Fleta, 97 - 1ª dcha.
ZARAGOZA - 50008 Tel: 976 412737

Deseo recibir más información sin compromiso

NOMBRE Y APELLIDOS _____

DIRECCIÓN _____

LOCALIDAD _____ C.P. _____

PROVINCIA _____ TEL. _____

una vez tan distante como la de Próspero, aparece trazada ahora por los exploradores poscoloniales que ven a Moreau como el archiimperialista..., todo esto forma parte ahora de mis lecturas que el relato acepta sumisamente y casi enseguida empequeñece.

Wells intentó más tarde dar una forma menos fantástica y más seria a sus ideas. Sin embargo, estos esfuerzos suyos nunca me han llegado al alma; yo recuerdo al joven escritorzuelo, al autor de los «romances científicos», de quien Jules Verne dijo indignado: «¡Pero este hombre se lo inventa todo!». Recuerdo, junto al terrible dios Moreau, al Viajante del Tiempo, que trae una flor imposible del futuro, al pobre hombre invisible, cuyos párpados no le protegen de la luz porque no puede cerrarlos y cuya piel desnuda no le salva del frío, al traidor en la luna ansiada; recuerdo (no puedo olvidar) todas esas invenciones necesarias que Wells escribió antes de cumplir los

treinta y cinco años. Durante los siguientes cincuenta años más o menos puso en tela de juicio el sentido común y la historia, las reformas sociales y las teorías de la educación en libros serios como *Una utopía moderna*, *El nuevo Maquiavelo*, *El esquema de la historia* o *La ciencia de la vida*. Seguía siendo valeroso e inteligente en una época difícil; era honrado y, a veces, se equivocaba, pero por entonces ya había perdido casi por completo la habilidad de crear mitos. Todavía vieron la luz una o dos historias —*The Country of the Blind* y *The Croquet Player*—, pero la fuente de sus sueños, aparentemente, se había secado. Es casi como si el hombre ya mayor e incapaz de soñar se hubiera empeñado en fabricar libros de hechos sólidos, intentando recobrar lo que el joven inexperto había evocado sin esfuerzo con intuición e imaginación; de modo parecido, este lector mayor intenta recordar, aun sabiendo que es imposible, algo del estremecimiento que sintió al leer por primera vez *La isla del doctor Moreau*, sin saber lo que le acechaba en la página siguiente. ■

(Traducción de Denis O'Keefe)



BEATRIZ UJADOS, LA ISLA DEL DR. MOREAU, ANAYA, 1990.